

# ¿Estética ritual? Palabra capital

por **Xavier Laborda\***

## Ficha técnica

*¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, de Philip K. Dick.

**Versión cinematográfica**  
*Blade Runner*, 1982.

Dir. Ridley Scott. Prod. Michael Deeley (EE.UU.). Intér. Harrison Ford, Rutger Hauer, Sean Young. Disponible en vídeo.



Harrison Ford, protagonista de *Blade Runner*.

La película de Ridley Scott, *Blade runner*, se convirtió rápidamente en una obra de culto. La fascinación que despertó su estreno en 1982 ha tenido algunas secuelas poco afortunadas. Éstas son el descubrimiento por algunos espectadores del escritor Philip Dick, autor de la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, que inspiró la película. También, un encuentro de intelectuales en el que se disertó hondamente sobre el fenómeno y cuyas ponencias fueron editadas en 1988 (*Blade runner. Un estudio*, Barcelona). La última secuela es la segunda versión de la película, titulada *Blade runner. El montaje del director*.

De estas cosas poco queda. Los cambios de la segunda versión resultan nimios y oportunistas. El sesudo texto de los pensadores ya no se comercializa. Y la novela de Dick es tan diferente de la película que quien busque en sus capítulos recordar las imágenes difícilmente podrá acabarla.

Queda la película, con la fuerza del *thriller* en una ciudad de Los Ángeles, año 2019, devastada por la Guerra Mundial Terminal. El ex policía y ex asesino Rick Deckard (Harrison Ford) es requerido por el jefe de policía para retirar, léase *aniquilar*, cuatro



Rutger Hauer, jefe de los replicantes rebeldes.



La acción se desarrolla, en el año 2019, en una ciudad, Los Ángeles, superpoblada.

replicantes o robots, indistinguibles de los humanos salvo por una incapacidad sentimental: no son empáticos, no entienden el sentir de los otros. En un acto de rebeldía y desesperación han vuelto a la Tierra para hallar un remedio a su caducidad vital, a los cuatro años de su emisión.

En una «ciudad cancerosa» —calificaba Alberto Cardin— y un mundo envejecido por la noche radiactiva y la angustia de un fin colectivo inapelable, un ser derrotado, Deckard se ve obligado a desafiar a unos androides peligrosísimos. Las peripecias policíacas muestran al espectador unos escenarios rutilantes, con agudos contrastes de tecnología inédita y cochambre de posguerra. Al enfrentarse al último replicante rebelde, Batty (Rutger Hauer), el *blade runner* o guerrero de la espada es vencido. Con dos dedos rotos, pende de la cornisa del edificio Bradbury, a punto de desplomarse en el vacío, pero el feroz replicante le salva, en un gesto altruista, antes de que se agote su tiempo programado. El agonizable Batty, con serena tristeza, dice sus últimas palabras:

«He visto cosas que vosotros no creeríais: he visto atacar naves en llamas más allá de Orión; he visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser... Todos estos momentos se perderán en el Tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.»

Y Batty muere. Deckard ha cumplido su misión, no sin resentirse de los estragos morales de la experiencia. Pero hay un final casi feliz. El amor que se ha despertado entre él y una replicante ajena al grupo rebelde, Rachael (Sean Young), es la razón de que escapen juntos, por entre un paisaje —por primera vez en la película— rural y luminoso, hacia una incierta convivencia. Todo inverosímil, salvo por la amenaza de la mortalidad programada y de otros caza-recompensas.

## Todo por el espectáculo

Hollywood adquirió los derechos de la novela para su adaptación cinematográfica al poco de publicarse, en 1968. Se sucedieron varios proyectos, así como la caducidad de los de-



Blade Runner se sirve de la estética agresiva del cómic fu

rechos, hasta que, en 1978, *¿Sueñan los androides con ovejas mecánicas?* halló productora y director —Universal y Robert Mulligan—, pero se retiraron y su puesto lo ocupó la Ladd Company (*Atmósfera cero*) y Ridley Scott.

El trabajo sucesivo de los guionistas H. Francher y D. Peoples satisfizo las aspiraciones del productor y del director, que veían en la novela tres inconvenientes: la complejidad y calidad literaria del argumento y la ambientación; un final deprimente y, en último término, un título tan ingenioso como poco comercial. Así que el argumento quedó cortado según el patrón usual de lo policíaco. Al protagonista se le vistió de antihéroe sumido en un destino turbio. Como final, se encajó un inconsecuente arreglo que introduce tres elementos extraños, a saber, el indulto de la androide Rachael, el amor entre ésta y el

cazador y, sobre todo, la fantasía de un mundo incontaminado. Dicho de otro modo, cálculo comercial mediante el halago del gusto inartístico y sensiblero. Pues es zafiedad apelar al amor de pareja para deshacer, por arte de encantamiento, una pesadilla cósmica.

Si, por lo dicho, *Blade runner* hace acopio de tópicos, ¿cuál es su fuerza? Sin duda, su fuerza no cae del lado argumental —salvo por la que quede de la idea de Dick—, sino que surge de la imagen. Los efectos visuales «resultan abrumadores —califica la crítica—, son un asalto masivo a los sentidos». Un recurso estimable para cuajar una atmósfera como la descrita es la música de Vangelis. A la postre, el conjunto resulta ser un rutilante, costoso, hipnótico envoltorio.

El acierto de Scott se halla en la construcción de una historia que está al servicio de una puesta en escena impresionante. A los detalles de diseño futurista dedicó muchas sesiones de trabajo con los diseñadores D. Trumbull y S. Mead, creadores de la arquitectura futurista y los artefactos; por ejemplo, el enorme edificio piramidal de la Tyrell Corporation, que fabrica los robots Nexus 6, y los *spinners* o coches voladores. En resumen, la producción, con el diseño detallista de la urbe del futuro, las maquetas y los efectos informáticos, representa un despliegue creativo considerable, sobre el que se aúpa la historia de suspense descrita, a modo de hilo conductor, por las localizaciones de una ratonera computerizada.

### La decisión del escritor

Philip Dick pudo leer el guión final, que le gustó porque, aun con los cambios, contenía aciertos y una buena orientación fílmica. Además de la imaginería futurista, el alma narrativa gira en torno a la mortalidad y la angustia que viven unos seres sin esperanzas y, en el caso de los robots, sin dios: su creador de la Tyrell Corporation es incapaz de aplazar su fin.

Las últimas palabras de Batty, «he visto cosas...», serían una retahíla de



Daryl Hannah encarna a una androide rebelde.

banalidades —¿qué importan los rayos C, las naves en llamas o la puerta de Tannhäuser?—, si no fuera por la tragedia de alguien que agoniza. Todo lo que ha sido, todo lo que ha visto se perderá «en el tiempo como lágrimas en la lluvia». Y eso sí tiene sentido, ni mayor ni menor que lo vivido por cualquier mortal, porque todo en él es singular. Luego llega el momento en que el sujeto acierta a decir que «es hora de morir».

Philip Kendred Dick murió antes del estreno de la película (Chicago, 1928-California, 1982), de ahí que esté dedicado a su memoria. Trabajaba en los últimos meses en una nueva novela, a pesar de la oferta millonaria de los estudios cinematográficos para que novelara el guión de *Blade runner* y retirara de las librerías *¿Sueñan los androides con ovejas mecánicas?* No fue fácil mantener esa decisión, por las presiones y zalamerías de que fue objeto, pero la defensa de su obra, aparte de tener una razón literaria de peso, puede recordar las palabras de Batty. Fue un gesto por perpetuarse a través del arte.

En la novela, Deckard no vive en



c futurista.



La aportación de los efectos especiales ayuda a crear un universo visual inesperado y sobrecogedor.

Los Ángeles, sino en San Francisco; es un marido que se desvela por su mujer y trabaja para el ayuntamiento como *cazador de bonificaciones*; es decir, que su trabajo consiste en retirar los androides que llegan ilegalmente a la Tierra. El sobresueldo que obtiene por cada pieza cobrada le permite comprarse una cabra, que es un lujo y un elemento de distinción social, puesto que apenas hay animales vivos. Quienes no alcanzan a tanto poseen animales eléctricos. Otros, ni eso.

En un mundo en que cada día se anuncia la extinción de especies, el amor a la vida animal que profesan los humanos va asociada a un fetichismo clasista. De ahí el título de la novela. Y, también, la ilusión del policía: liquidar a los andrillos para hacerse con un animal auténtico. Su empeño no es estúpido, ya que de ello depende su autoestima y más.

Otro factor que define el momento de la historia es la religión de Mesmer, de la que todos participan y que dispensa, a elección del creyente, sentimientos y alucinaciones mediante el uso de una caja electrónica. Es lo más parecido a nuestra televisión o a la *Internet*.

Aquí, el protagonista no tiene épica. Es un buen esposo, vecino y empleado. Su trabajo le lleva a pensar

con el riesgo de tomar por androide a un humano —el test de empatía podría fallar—, algo lamentable porque primero se aniquila y después se verifica. Por otro lado, siente una atracción por las replicantes que le lleva a tener un coito —prohibido— con Rachael. Ella no accede por amor ni por atracción, sino por una razón menos enrevesada.

No desvelaremos el argumento de la novela. Baste lo apuntado para ilustrar los ominosos trazos ambientales (animales, religión), la razón de la acción (una misión, una compra) y el conflicto de la atracción y la transgresión. Por encima de esto, Dick teje una narración elaborada, satírica y reflexiva que no se refleja en la película.

En la novela y la película apreciamos cosas muy interesantes, que son propias del género y de la opción de los autores. En *Blade runner* destaca el vigor estético de los años 80, al que contribuyó con un estilo propio. También habrá quien enjuicie su seducción visual como un efecto narcisista, algo hueco y lineal sin remisión.

Está también la novela, a la que los lectores, aun no siendo amantes de la ciencia-ficción ni de la abundante producción de Dick, podrán acudir para descubrir complejidad en la historia, distanciamiento crítico, cuestiones morales llevadas al 2019, que rebotan en

el presente como pedradas y, por encima de lo anterior, un buen entretenimiento. Quizá Ridley Scott nos oiga y se anime a leer la novela, cosa que no hizo para dirigir la película. ■

\* **Xavier Laborda** es profesor de Lingüística de la Universidad de Barcelona.

## Otras versiones

—*Blade Runner, el montaje del director* (1993), dir. Ridley Scott (EE.UU.).

## Bibliografía (selección)

¿*Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, Barcelona: Edhasa, 1981, 1992 y 1994.

¿*Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1991.

Latorre, J.M.: *Blade Runner. Amarcord*, Barcelona: Libros Dirigido por, 1994 (obra crítica de un programa doble, a la que el autor del artículo ha acudido como fuente principal).